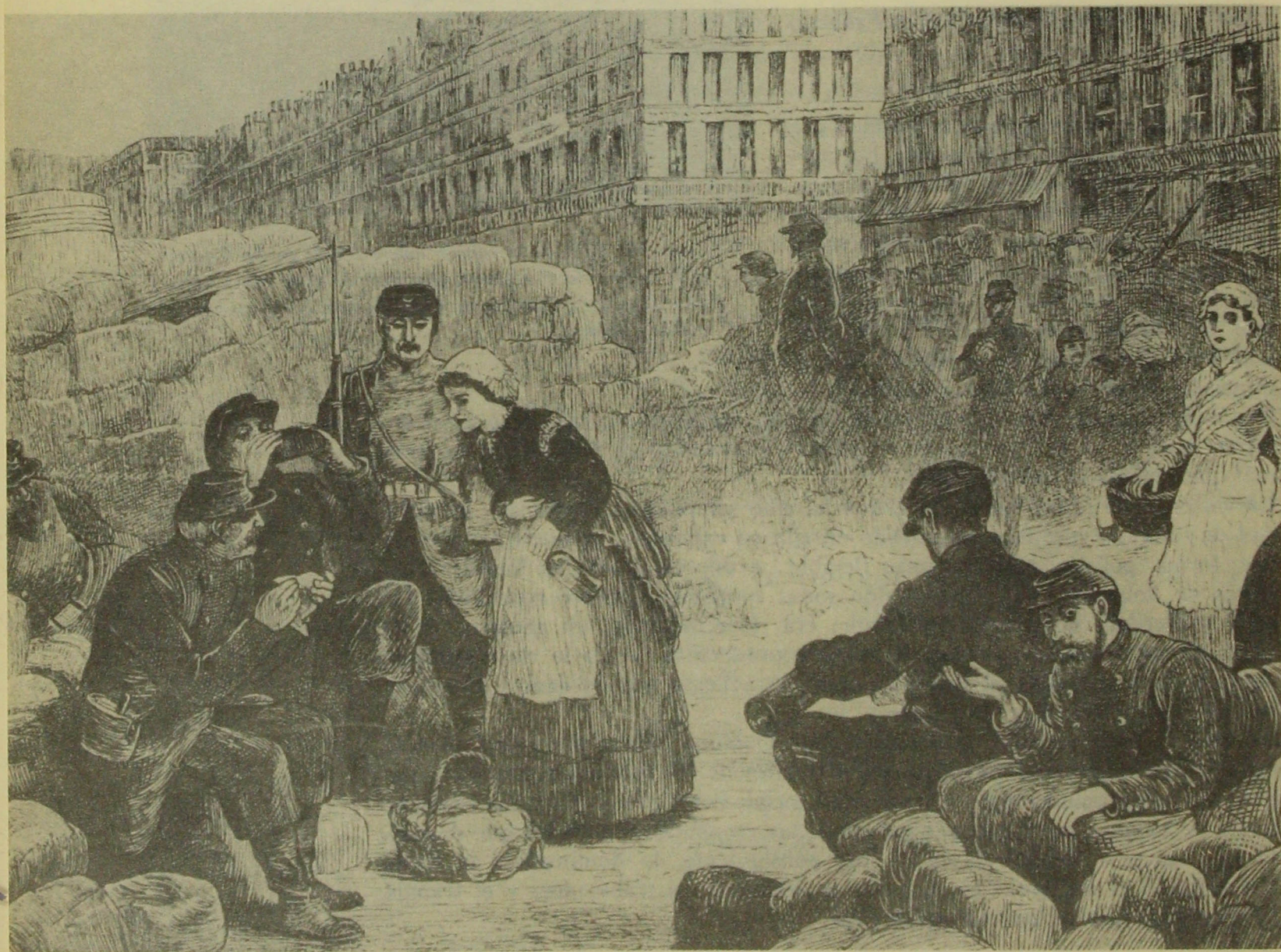


CENTENARIO DE LA COMUNA DE PARÍS

LAS BURBUJAS DE JABON DE LA COMUNA

por LLYA EHRENBURG

Traducción directa del ruso de Ida Gorodezki



Luis pensó que en contestación a esos hermosos cantos, desde las ventanas caerían pancitos, medialunas y brioches. Pero en cambio se produjo un gran ruido y empezaron a caer pequeñas balas. Uno de los hombres que antes gritaba “¡pan!” ahora gritó “duele...” y cayó al suelo. Entonces el padre de Luis y otros hombres comenzaron a hacer cosas incomprensibles: juntaron bancos, trajeron de la casa vecina un barril, una mesa rota y hasta un gallinero y se acostaron en el suelo. Luis creyó que los hombres tristes querían jugar a las escondidas. Luego dispararon sus fusiles y del otro lado dispararon contra ellos. Después llegaron otros hombres que también tenían fusiles y sonreían alegremente; en sus gorros brillaban hermosas escapelas; los llamaban “soldados de la guardia”. Esos hombres se apoderaron del padre de Luis y lo llevaron a lo largo del bulevar San Martín. Luis pensó que los alegres soldados de la guardia darían de comer a su padre y corrió tras ellos aunque ya era muy tarde. En el bulevar se reían las mujeres; bajo la sombra de los castaños los petimetres bebían licores color rubí y millares de luces se reflejaban en el asfalto de la calle. Junto al portón San Martín una de las mujeres alegres y despreocupadas gritó a los soldados de la guardia:

—¿Para qué lo llevan tan lejos? Si puede recibir su merecido aquí mismo... Luis se acercó a la mujer que se reía y, callado, abrió su boca como un pichón de cuervo abre su piquito. Uno de los soldados de la guardia que tenía un fusil, disparó. El padre de Luis gritó y cayó al suelo, al tiempo que la mujer se reía alegremente. Luis corriendo se acercó a su padre, asió sus pies que todavía se movían como si quisiera caminar, y empezó a chillar. Entonces se oyó la voz de la mujer que dijo: —Maten también al cachorro...

Pero el petimetre que estaba bebiendo licor color rubí objetó:

—¿Quién ha de trabajar, entonces?

Después del terrible mes de junio llegó el apacible agosto; ya nadie cantaba ni disparaba fusiles. En tanto Luis crecía, convirtiéndose en un hombre y justificando la profesión del petimetre. Su padre, Juan Roux, era un albañil y albañil también se hizo Luis Roux. Dentro de su ancho pantalón de pana, de su camisa azul, construía casas; verano e invierno. La hermosa ciudad de París quería ser más hermosa aún, y Luis trabajaba allí donde abrían calles nuevas: en la plaza de la Estrella, en los anchos bulevares de Hausmann y Malherbes bordeados de altos castaños, y en la lujosa Avenida de la Opera, a cuyas construcciones, todavía cubiertas de madera, traían ya los impacientes vendedores su mercadería: pieles, puntillas, piedras preciosas. Luis construía teatros y negocios, confiterías y bares; construía bellas casas, para que, en ellas, las mujeres despreocupadas, cuando en las calles sopla el viento desde La Mancha, y en las frías bohardillas el cuerpo se endurece por el frío de noviembre, pudiesen alegremente sonreír como siempre. Construía bares para que los petimetres, en las oscuras noches sin estrellas, no dejaran de beber los licores

se cambió de bohardilla de la calle de la Viuda Negra a otra, y le pasó lo que tarde o temprano acontece a todos.

En la piecita contigua vivía Julieta, una joven sirvienta. Luis se encontró con ella una noche en la angosta escalera de caracol, y entró en su piecita para pedirle fósforos, pues su piedra se había gastado y no podía prender fuego, y después se quedó allí hasta la madrugada. Al día siguiente Julieta se llevó sus dos camisas, una taza y un cepillo a la piecita de Luis y se convirtió en su esposa. Un año más tarde en la estrecha bohardilla, nació un nuevo ser, que fue inscrito en la alcaldía con el nombre de Pablo María Roux.

Así conoció Luis a una mujer que, a diferencia de muchas otras que constituyen el orgullo de la hermosa ciudad de París, nunca se reía despreocupadamente, aunque Luis Roux la quería mucho, como es capaz de querer un albañil que levanta pesadas piedras y construye magníficos edificios. Seguramente ella nunca se reía porque vivía en la calle de la Viuda Negra; ahí, sólo una vez se rió la vieja lavandera María, cuando la llevaron al hospicio de dementes. Seguramente Julieta no se reía porque tenía sólo dos camisas, y Luis, que a menudo no tenía monedas blancas ni negras y erraba taciturno por las calles del barrio de San Antonio, no podía darle una moneda amarilla para un nuevo vestido.

En la primavera del año 1869, cuando Luis Roux tenía veintiocho años y su hijo Pablo dos, Julieta tomó sus dos camisas, la taza y el cepillo y se cambió a la casa del carnicero, que vendía carne de caballo en la calle de la Viuda Negra. El niño se lo dejó a su marido, pues el carnicero era un hombre nervioso y, si bien quería mucho a las mujeres jóvenes, no soportaba a los niños. Luis alzó a su hijo y lo hamacó un poco para que no llorara; lo hizo torpemente, pues sabía levantar pesadas piedras, pero no a los niños pequeños, y se fue con la pipa en la boca a errar por el Barrio de San Antonio. Quería mucho a Julieta, pero comprendía que ella había procedido juiciosamente: el carnicero tenía muchas monedas amarillas, podía cambiarse a otra calle, y entonces Julieta podría reír despreocupadamente. Y recordó que su padre, Juan Roux, al salir de su casa una mañana de julio con el fusil preparado, dijo a su esposa, madre de Luis, que estaba llorando:

—Yo debo irme y tú no debes tratar de retenerme; el gallo busca un palo alto, el navío, la mar abierta; la mujer, la vida tranquila.

Recordando las palabras de su padre, Luis pensaba que tenía razón al querer retener a Julieta, pero que ella, a su vez, tenía razón al irse con el rico carnicero.

Después de ese acontecimiento, Luis siguió construyendo casas y tratando de criar a su hijo. Pero pronto sobrevino la guerra y los pérfidos prusianos atacaron a París. Ya nadie quiso construir casas y los andamios de las construcciones quedaron vacíos. Las balas de los cañones alemanes destruyeron muchos edificios de la hermosa ciudad de París, contruidos por Luis Roux y por otros albañiles. Luis no

tenía trabajo, no había pan, y el pequeño Pablo que tenía tres años, ya sabía abrir quedamente la boca, como un cuervito hambriento que abre su pico. Entonces a Luis le trajeron un fusil, pero al recibirlo no empezó a gritar "pan, quiero pan!" sino que se fue con miles de otros que eran albañiles como él, o carpinteros y herreros, a defender París, la más hermosa de las ciudades, de los pérfidos prusianos. Una buena mujer, madame Monet, propietaria de una verdulería, albergó al pequeño Pablo.

Luis Roux, junto con otros obreros, durante aquel duro invierno, arrastró descalzo, las balas para los cañones junto a la fortaleza de San Vicente, y esos cañones dispararon contra los pérfidos prusianos. Durante muchos días no comió, porque en la ciudad reinaba el hambre. Se le helaron los pies, porque aquel año hubo fríos como nunca.

Las balas de los prusianos caían en la fortaleza de San Vicente y cada vez quedaron menos y menos obreros, pero Luis no abandonaba su puesto junto a un pequeño cañón, pues la más hermosa de las ciudades merecía que se la defendiera.

A pesar del hambre y del frío, las luces brillaban en los bulevares de los Italianos y de los Capuchinos; había bastante licor color rubí para los petimetres, y la sonrisa no abandonaba el rostro de las despreocupadas mujeres. Luis Roux sabía que no existía más el emperador, y que en París gobernaba la república. Mientras arrastraba las balas para los cañones, no podía ponerse a reflexionar qué era una república, pero los obreros que llegaban de París contaban que las confiterías de los bulevares estaban llenas de petimetres y de mujeres despreocupadas, tal como antes. Luis, oyendo su malicioso murmullo, comprendía que en París nada había cambiado y que la "república" no se extendía hasta la calle de la Viuda Negra sino sólo hasta los bulevares y la avenida de la Estrella, y que aún después de que los obreros hubieran echado a los alemanes, el pequeño Pablo hambriento iría de nuevo a abrir la boca, como un cuervito su pico. Luis Roux lo sabía, pero no dejaba su puesto junto al cañón, y los alemanes no pudieron entrar a la ciudad de París.

Pero un día le ordenaron abandonar el cañón, y volver a la calle de la Viuda Negra; la gente que se llamaba "la república" y que, sin duda, eran los petimetres y las mujeres despreocupadas, dejaron entrar a los pérfidos prusianos en la hermosa ciudad de París. Y Luis Roux, con la pipa en la boca, caminaba taciturno por el barrio de San Antonio.

Los alemanes vinieron y se fueron, pero ya nadie construía casas. Pablo hambriento abría su boca, y Luis Roux empezó a preparar su fusil. Entonces aparecieron en las paredes avisos amenazadores, para que los obreros entregasen sus armas, pues los petimetres y las mujeres despreocupadas que se llamaban "la República" recordaban los días del año 48. Luis no quería entregar su fusil, y como él, tampoco lo querían los otros obreros del barrio de San Agustín y de los demás suburbios.

Ellos salieron a la calle y se pusieron a disparar sus fusiles. Era un tibio amanecer, cuando en París empezaba la primavera.

Al día siguiente, Luis Roux vio muchos lujosos coches, carros y convoyes; éstos estaban llenos de objetos y los coches los ocupaba la gente que antes Luis veía en las confiterías de los bulevares y en el Bosque de Boulogne. Iban en esos coches los pequeños generales, con gorros de color frambuesa y grandes bigotes caídos, las jóvenes con faldas anchas cargadas de encajes, abates encogidos en sus sotanas color violeta, petimetres viejos con sus sombreros de copa color rojizo oscuro, oficiales jóvenes que nunca habían estado en la fortaleza de San Vicente ni en ninguna otra, lacayos, perritos con grandes moños y pelo lustroso y hasta loros. Todos se dirigían hacia la puerta de Versalles. Y cuando Luis al anoecer llegó a la Plaza de la Opera, vio, vacías, las confiterías donde los petimetres no bebían ya licores color rubí; vio cerrados los negocios, frente a los cuales ya no reían las mujeres despreocupadas. Los habitantes de los barrios de los Campos Elíseos, de la Opera y de Saint Germain, enojados porque los obreros no querían entregar sus armas, abandonaron la hermosa ciudad de París. El asfalto ya no reflejaba las luces que habían sido apagadas, y estaba ahora ennegrecido y triste. Luis Roux vio que la "república" se había ido en los coches y los furgones, y preguntó a los obreros quién quedaba en su lugar, y le contestaron: "la comuna de París". Luis comprendió que "la comuna de París" vivía cerca del barrio de la Viuda Negra.

Pero los petimetres y las mujeres despreocupadas que abandonaron París no podían olvidar la más hermosa de las ciudades, no querían entregarla a los obreros, albañiles, carpinteros y herreros, y empezaron a destruir las casas con las balas de los cañones. Ahora esas balas no eran ya enviadas por los pérfidos prusianos, sino por los buenos visitantes de la "Confitería inglesa", y otras. Luis comprendió que debía volver a su lugar junto al cañón de la fortaleza de San Vicente.

Pero la propietaria de la verdulería, madame Monet, que no sólo era una buena mujer sino una buena cristiana, se negó a dar albergue en su casa al hijo de un ateo, capaz de matar al obispo de París. Entonces Luis se puso la pipa en la boca, y a su hijo Pablo sobre los hombros y marchó hacia la fortaleza de San Vicente.

Arrastraba las balas para los cañones y a su lado el pequeño Pablo jugaba con cartuchos vacíos. De noche el niño dormía en la casa del alcalde de la fortaleza. Este mismo alcalde le regaló al niño una pipa de arcilla, igual a la que tenía Luis Roux, y un pedacito de jabón. Así Pablo, cuando se aburría de oír los tiros y mirar el cañón que escupía balas, podía entretenerse haciendo burbujas de jabón. Las burbujas eran de colores diferentes: celestes, rosadas, lilas, y se parecían a los globos que compraban en los jardines de las Tullerías, los niños ricos, los petimetres y las mujeres despreocupadas.

Es verdad que las burbujas de este hijo de un obrero duraban un momento, mien-

tras que los globos de los niños de los barrios de los Campos Elíseos se sostenían todo el día, pero tanto unos como otros eran hermosos, y los unos y los otros morían pronto. Echando burbujas de jabón con su pipa de arcilla, Pablo ya no abría su boca como un pichón de cuervo hambriento.

Cuando el niño se acercaba a los hombres que todos llamaban "comuneros" y entre los cuales se encontraba Luis Roux, Pablo apretaba entre sus dientes la pipa vacía, imitando a su padre. Y los hombres, por un momento, se olvidaban del cañón y le decían cariñosamente al niño:

—Eres un verdadero comunero.

Pero los obreros disponían de pocos cañones y de pocas balas y los hombres mismos también eran pocos. En cambio la gente que abandonó París y que vivía en la antigua residencia de los reyes en Versalles, cada día hacía venir más y más soldados, hijos de los poco inteligentes campesinos franceses; mandaban cañones nuevos, regalados por los pérfidos prusianos, y se acercaban cada vez más a las murallas que rodeaban París. Ya muchas fortalezas habían caído en sus manos y nadie venía para reemplazar a los que, junto con Luis Roux, defendían la de San Vicente, y que habían muerto. El albañil arrastraba las balas, cargaba el cañón, y tiraba; sólo le ayudaban dos obreros sobrevivientes.

En la antigua residencia de los reyes de Francia reinaba alegría. Las confiterías abiertas apresuradamente, no podían dar cabida a todos los amantes de licores color rubí. Los abates en sus sotanas color violeta oficiaban suntuosas misas. Los generales, acariciando sus bigotes, conversaban alegremente con los oficiales prusianos recientemente llegados. Los lacayos calvos se ocupaban de las valijas de sus amos, preparándose para volver a la más hermosa de las ciudades. El suntuoso parque construido sobre los cadáveres de los 20 mil obreros, que día y noche cavaron la tierra, cortaron los árboles, secaron los pantanos, para terminar su trabajo dentro del plazo fijado por el Rey-Sol, estaba adornado con banderas para festejar la victoria.

De día, los músicos de las bandas hinchaban sus mejillas, y las figuras de piedra de las diez fuentes grandes y de las cuarenta pequeñas, vertían lágrimas de hipocresía; de noche, mientras en la ciudad de París se ostentaba la lamentable negrura de sus casas privadas de techo, y las luces apagadas ya no trazaban reflejos sobre el asfalto de las avenidas, brillaba allí, a través del follaje, el brillante monograma de los farolitos de papel.

El capitán del Ejército Nacional Francés, Francisco d'Emognant, trajo a su novia, Gabriela de Bonevette, un ramo de delicadas azucenas, como testimonio de la nobleza de sus sentimientos. Las azucenas estaban puestas en un portarramos de oro, adornado con zafiros, comprado en Versalles a un joyero de la calle "El Mundo", cuyo dueño consiguió sacar todas sus alhajas el primer día de los disturbios.

Y el pequeño Pablo, que nunca había matado a nadie y que sólo fabricaba pompas de jabón, no comprendía por qué esos hombres lo maltrataban.

Los soldados del Ejército Nacional llevaron al rebelde prisionero Pablo Roux, de cuatro años de edad, a la reconquistada ciudad de París. En los suburbios, al norte de la ciudad, todavía de tiempo en tiempo se oían disparos de los obreros, pero en el barrio de los Campos Elíseos y en el nuevo barrio de la Estrella, la gente ya festejaba la victoria.

Reinaba el más hermoso mes de mayo, florecían los castaños en las anchas avenidas y a su sombra, alrededor de las mesitas de mármol de las confiterías, los petimetres bebían licores color rubí y las mujeres reían despreocupadamente. Cuando cerca de ellos pasaron con el pequeño comunero, pidieron que se los entregasen. Pero el jefe recordaba la orden del capitán y cuidaba a Pablo. En cambio les regalaron otros prisioneros, hombres y mujeres. Ellos los escupían, les pegaban con sus elegantes bastones y luego, cansados, los atravesaban con la bayoneta que, para eso, pedían prestada a uno de los soldados.

Pablo Roux fue llevado al Jardín de Luxemburgo. Allí, próximo al Castillo, estaba cercado en gran terreno, en donde encerraban a los prisioneros rebeldes. Pablo caminaba orgulloso con su pipa y en su deseo de tranquilizar con algo a las mujeres que lloraban, les decía:

—Yo sé echar burbujas de jabón... Mi padre Luis Roux fuma la pipa y dispara el cañón. Yo soy un verdadero comunero. Pero las mujeres, que habían dejado en algún rincón de los suburbios de San Antonio a sus hijos, los que quizás también se entretenían echando pompas de jabón, al oír a Pablo, lloraron más fuerte aún. Entonces Pablo, sentado en el suelo, se puso a pensar en las burbujas, en lo lindas que eran, de color celeste, rosa, lila; luego se durmió con su pipa entre las manos.

Mientras dormía, dos briosos caballos llevaban por la avenida de Versalles un liviano coche; Francisco d'Emognant llevaba a su novia, Gabriela de Bonevette, a la hermosa ciudad de París. Jamás estuvo más bella Gabriela que en aquel día de mayo. El fino óvalo de su cara se asemejaba a los retratos de los antiguos maestros florentinos. Llevaba un vestido color limón con puntillas, tejidas en el monasterio de Molgerine. Una sombrilla diminuta defendía su cutis mate, color de los pétalos de los manzanos floridos, de los rayos del sol de mayo. Sin duda, era la más hermosa mujer de París, y, sabiéndolo, sonreía despreocupadamente.

Al entrar en la ciudad Francisco d'Emognant llamó a uno de los soldados, y le preguntó dónde se encontraba el pequeño prisionero de la fortaleza de San Vicente. Cuando los enamorados entraron en el Jardín de Luxemburgo y vieron los viejos castaños en flor, la hiedra encima de la fuente de los Méducis, y los gorriones que saltaban por las alamedas, el corazón de Gabriela se desbordó de ternura. Aprentando la mano de su novio murmuró:

—¡Querido mío! ¡Qué hermoso es vivir!...

Los prisioneros recibieron los galones del capitán con espanto, pues cada hora muchos de ellos eran llamados para ser fusilados; cada uno pensó que había llegado su turno. Pero Francisco d'Emognant no les prestó atención: buscaba al pequeño comunero. Lo despertó con un pequeño empujón. El niño lloró al principio al despertarse, pero luego, al ver el alegre rostro de Gabriela, que no se parecía a las caras tristes de las otras mujeres que lo rodeaban, puso en la boca su pipa, sonrió y dijo:

—Soy un verdadero comunero...

Gabriela satisfecha, dijo:

—Efectivamente, tan pequeño... creo que ellos nacen siendo asesinos; es necesario exterminarlos a todos, hasta a los recién nacidos...

—Ahora que ya lo has visto, puede ser fusilado, —dijo Francisco y llamó a un soldado.

Pero Gabriela le pidió que esperara un poco. Quería prolongar la dulzura de este hermoso día. Recordó que en un paseo en el bosque de Boulogne, durante una fiesta popular, vio unas pipas de arcilla colgadas en un galpón; algunas de ellas se movían rápidamente. Los jóvenes disparaban en ellas con sus fusiles.

Aunque Gabriela de Bonevette era de una familia noble, le gustaban las distracciones populares, y al recordar las de aquella fiesta, pidió a su novio:

—Quiero aprender a tirar. La esposa de un oficial del Ejército Nacional debe saber tener un fusil en la mano. Permíteme tirar a la pipa de este pequeño verdugo.

Francisco d'Emognant nunca le negó nada a su novia. Le regaló un collar que costó 30.000 francos. ¿Acaso podría negarle este pequeño placer? Tomó de las manos de un soldado un fusil y se lo entregó.

Al ver a la joven con un fusil los prisioneros echaron a correr. Sólo el pequeño Pablo quedó tranquilo y sonriente con su pipa en la boca. Gabriela quería tirar en la pipa que se movía y apuntando dijo a Pablo:

—¡Corre! Voy a tirar...

Pero Pablo veía a menudo cómo la gente tiraba de sus fusiles y seguía tranquilamente en su lugar. Entonces la joven impaciente disparó y como era la primera vez que lo hacía, se comprende que erró el tiro.

—Querida mía, —dijo Francisco d'Emognant, —Tú sabes mejor herir los corazones con tus flechas que disparar contra las pipas de arcilla. Mira, has matado a ese pequeño reptil y su pipa quedó intacta.

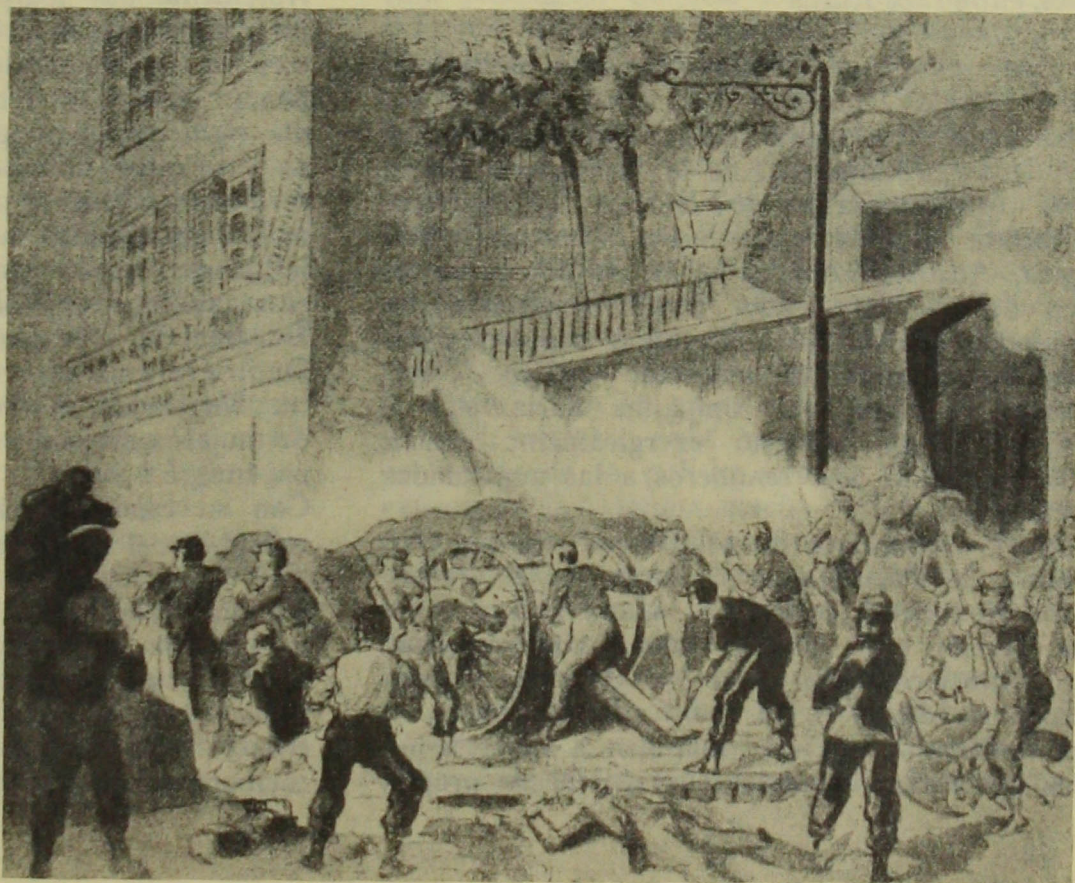
Gabriela de Bonavette nada respondió. Mirando una mancha roja se puso a respirar con más rapidez y acercándose mucho a su novio le pidió que regresaran a casa.

Pablo Roux que vivió en la tierra cuatro años y a quien le gustaba más que nada en el mundo echar burbujas de jabón, quedó inmóvil.

Hace poco encontré en Bruselas a un viejo comunero, Pedro Letreque. Nos hicimos muy amigos y el solitario anciano me regaló la pipa de arcilla con la cual hace 50 años el pequeño Pablo Roux echaba burbujas de jabón. Pedro Letreque, aquel día de mayo en que el pequeño Pablo Roux fue muerto por Gabriela de Bonevette, se encontraba entre los rebeldes detenidos en el Jardín de Luxemburgo. Pedro Letreque se salvó, porque algunos petimetres resolvieron que alguien debía trabajar y que la hermosa ciudad de París, que quiere serlo más aún, necesita albañiles, carpinteros y herreros.

Pedro Letreque fue deportado por cinco años, se fugó a Bélgica y a través de todas sus penurias llevó consigo la pipa encontrada junto al cadáver de Pablo Roux. Me la dio y me contó todo lo que he escrito aquí.

A menudo acerco la pipa a mis labios resacos de ira. Percibo en ella la fragancia de una respiración tierna e ingenua y también las huellas de las burbujas de jabón. Este juguete del pequeño Pablo Roux, muerto por la más bella de las mujeres de la más hermosa de las ciudades, me habla de un gran odio. Al tomarlo, surge en mí siempre esta súplica: nunca dejen el arma al ver la bandera blanca, como lo hizo Luis Roux; y en nombre de toda la alegría de la existencia, no entreguen la fortaleza de San Vicente, donde se sostienen todavía tres obreros dementes y un niño que lanza pompas de jabón.



Defensa de una barricada. Croquis de Denise Desroches

reforma de la enseñanza y habló a menudo en los clubs femeninos. Korvin-Krulóvskaia tomó parte en la lucha armada y el tribunal versallés la condenó a cadena perpetua en rebeldía.

La Comuna dejó una huella indeleble en la actividad de otro relevante revolucionario ruso, el científico y publicista P. Lavrov. Testigo de la revolución del 18 de marzo, en sus crónicas del *International* de Bruselas se manifestó "por el triunfo de esta república, salida verdaderamente del pueblo, fundada por obreros, que sólo quieren la justicia y la fraternidad". Bajo la honda influencia de las ideas de Marx y Engels, a quienes le unía una larga y firme amistad, Lavrov publicó en 1879 el libro *La Comuna de París del 18 de marzo de 1871*, uno de los mejores trabajos de aquel tiempo acerca de la revolución de los obreros parisienses.

Una corona para el muro de los federados

A despecho de todos los esfuerzos del gobierno zarista para impedir que llegaran a Rusia noticias del levantamiento de los obreros parisienses, la opinión avanzada del país estaba enterada de la existencia de la Comuna.

Para la propaganda de las ideas marxistas en Rusia, y particularmente para formar un juicio correcto acerca de la Comuna tuvo gran importancia la difusión de *La guerra civil en Francia*, llamamiento del Consejo General de la Internacional, escrito por Marx. "Este folleto está traducido del alemán al ruso y al polaco y... es un entusiasta panegírico de la ex Comuna de París", informaba un agente al jefe de la policía secreta. Durante los registros en casa de los revolucionarios se encontró ejemplares del llamamiento recopilados a mano.

A medida que se desarrollaba el movimiento proletario y se propagaban las ideas del marxismo crecía entre los obreros rusos la concepción de la Comuna de París como el primer intento de emancipación de los trabajadores. La sección de San Petersburgo de la Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera envió al proletariado francés con motivo del 25 aniversario de la Comuna un mensaje de saludo y 100 rublos recolectados para una corona con el encargo de depositarla al pie del Muro de los Federados.



Elizaveta Dmitrieva, combatiente rusa de la Comuna, de gran popularidad entre los obreros parisienses

Lenin acerca de la Comuna

Vladimir Lenin estudiaba con atención e interés enormes la historia de la primera revolución proletaria. Conocía los trabajos de Marx y Engels acerca de la Comuna, y los testimonios de actores e historiadores de la misma. Lunacharski recordaba más tarde: "Cuando los que trabajábamos con él más de cerca... observábamos la atención profunda y extraordinaria precisión con que Lenin estudiaba la Comuna, quizá no comprendíamos siempre bien qué era con exactitud lo que le preocupaba hasta tal punto en aquel acontecimiento... Pero cuando ahora nos fijamos, después de estudiar todo lo que Lenin escribió y dijo sobre la Comuna, en las enseñanzas que sacó Lenin de ella, vemos... que se trata de cuestiones profundas de la política obrera y que Lenin extrajo de la Comuna mucho más que un simple ejemplo, emocionante para la propaganda, de la conquista del poder en París y de la heroica autodefensa contra un enemigo incalculablemente más fuerte".

Lenin concedía una importancia excepcional a la difusión entre los obreros rusos del llamamiento *La guerra civil en Francia*. En 1905 redactó personalmente una nueva ver-